

# EL LLAMADO FEMINISMO EN LAS NOVELAS DE DOÑA MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR\*

## I

### INTRODUCCIÓN

En las obras generales acerca de la literatura española y en las de la escasa crítica sobre doña María de Zayas, la atención va siempre dirigida a su feminismo. Citemos dos ejemplos:

«No desaprovecha doña María ninguna ocasión de abogar por las mujeres contra la tiranía de los hombres, suponiendo que, como déspotas, las quieren ignorantes para tenerlas sujetas»

(E. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *BAE*, tomo 33, pág. XCVI);

\* Este estudio fue escrito en 1962. Desde entonces se ha publicado otra edición completa de *Las Novelas Completas de María de Zayas*, edición a cargo de la profesora doña MARTÍNEZ DEL PORTAL (Bruguera, «Libro Clásico», Barcelona 1973), y también una selección, *Novelas Ejemplares y Amorosos ó Decamerón español*, Selección, prólogo y notas de EDUARDO RINCÓN («El Libro de Bolsillo» 109, Alianza, Madrid 1968). La introducción en ambas repite los puntos de vista que ya he criticado en mi estudio (véase por ej. RINCÓN, 9-10, 16-18 y MARTÍNEZ DEL PORTAL, 13, 15-18). Además se ha publicado un número de obras críticas en que las *Novelas* de María de Zayas han sido tratadas, tales como el tomo segundo de la *Historia de la Literatura Española* por J. L. ALBORG (Madrid 1967), 498-502, el capítulo dedicado a la Edad de Oro por P. RUSSELL en el libro *Spain, A Companion to Spanish Studies* (London 1973), publicado a cargo de él, y la obra *Woman and Society in the Spanish Drama of the Golden Age, A study of the Mujer Varonil* (Cambridge University Press 1974), por M. MCKENDRICK. ALBORG, a pesar de su observación de que hay marcadas diferencias entre las dos series de las *Novelas* de Zayas, sigue insistiendo en que «su intención consiste en vindicar a la mujer de todas las limitaciones a que la tenía sujeta la vida social de entonces y de todos los denuetos volcados sobre ella por siglos de literatura. Doña María es una feminista apasionada» (500). Según ALBORG estas convicciones feministas de Zayas dan el tono de *realismo* a sus *Novelas* para que sirvan de escarmiento a la mujer. RUSSELL observa que, aunque Zayas «inveighs, in a surprisingly outspoken way against the status of women in contemporary Spanish upper-class society ... her stories themselves suggest that perhaps all this was more directed to winning the sympathy of a predominantly feminine readership than because she really dissented seriously from conventional values, for she very often portrays her women as creatures of passion, not reason» (328-29). Esta observación, muy interesante, merece la atención de críticos venideros y coincide en gran parte con las conclusiones que he sacado yo en mi estudio. La obra de MCKENDRICK tiene gran mérito y sus referencias a las *Novelas* de Zayas ganan importancia por el hecho de verlas en el

«[Doña María] escribe con el mismo fin que animó a don Quijote a empuñar la lanza en defensa de agravios, pues, según dice repetidamente a lo largo de sus novelas, escribe “para defender a la mujer de las injusticias de los hombres”. ción del sexo femenino en España.»

He aquí la primera feminista teorizante que conscientemente comenta la situación (M. V. DE LARA, *De escritoras españolas*, II, BSS, IX (1932), 31.)

Es éste también el punto de vista mantenido por el editor de la publicación más reciente de sus obras, el señor Amezáa, que alaba la manera en que doña María defiende su sexo, diciendo:

contexto de las ideas sobre la mujer y su lugar en la sociedad que prevalecían en el siglo XVII. La opinión de MCKENDRICK refleja más la que yo he desarrollado que la de cualquier otro autor que haya tratado el tema. No puedo decir hasta qué punto, ya que no lo menciona en su obra, esta similitud se debe al hecho de que yo le facilité el original de mi estudio al iniciar ella sus investigaciones. Por fin me queda por mencionar el libro de IRMA V. VASILESKI, *María de Zayas y Sotomayor: su época y su obra* (Plaza Mayor, New York 1972). El libro no es brillante. Respira ingenuidad y la autora no logra colocar a María de Zayas en el contexto de su propio tiempo. Pero es un cambio agradable el hecho de que no presta demasiada atención al feminismo de Zayas. Acepta el punto de vista de que «había en María de Zayas un sentimiento dominante ... un arraigado feminismo». Y, como resultado, declara que «María de Zayas tomó una actitud atrevida y valiente, que puede considerarse única en aquel tiempo» (52). Sin embargo, VASILESKI sí reconoce que la defensa que Zayas hace de su propio sexo está limitada por su convencimiento de que todas las mujeres son honestas: «... pone ella todo su empeño en defender a la mujer honesta. No pretende que todas las mujeres lo son, y nos muestra una buena cantidad de mujeres depravadas. Tampoco pretende que todos los hombres son iguales y sus personajes masculinos son tan variados como en la vida misma» (81). También nota que la característica común a casi todas las mujeres que salen en las *Novelas de Zayas* es su susceptibilidad: «la mujer se deja convencer con una facilidad asombrosa» (51). Igual que yo, VASILESKI repara en la muy notable y real diferencia de tono entre la primera y la segunda parte, la cual, como ella agudamente observa, es algo más que un mero cambio de estilo literario. Según ella, esto se puede explicar en términos de una hipotética experiencia personal por parte de Zayas; entre 1637 y 1647, sugiere: «alguna cosa de naturaleza íntima tiene que haber ocurrido a la mujer que escribió las *Novelas* [de 1637] ... El estudio analítico comparativo de las novelas que forman la primera colección y los *Desengaños* que componen la segunda es suficiente para mostrarnos con claridad que la mujer que escribió los *Desengaños* es, en efecto, una mujer distinta» (57-59). Es, por supuesto, posible que Zayas —de cuya vida sabemos tan poco— sufriera alguna desilusión personal que efectivamente pudo amargarla. Sin embargo mantengo, como teoría más probable, que los desastres políticos y militares de aquellos años debieron afectar a una autora que, tal como nos recuerda VASILESKI (49-51), fue altamente patriótica y crítica de sus compatriotas. Conviene hacer caso de los importantes estudios de ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ que tratan de la nobleza española del siglo XVII, especialmente de la disminución de su fervor militar que ya empezó a manifestarse a fines del siglo XVI y que se mostró altamente clara durante las crisis que el imperio español tuvo que sufrir a partir del año 1635. Los más oportunos son: *La sociedad española en el siglo XVII*, tomo I, parte II, «El estamento nobiliario» (véase especialmente pág. 274, el informe del embajador veneciano escrito en el año 1659: «No se hallaban en aquella fecha una decena de hijos de grandes y títulos que estuvieran sirviendo con las armas en la mano a su rey, mientras un cuarto de siglo antes sólo en Flandes había más de trescientos»); y también *La movilización de la nobleza castellana en 1640*, AHDE, XXV (1955), 799-823. Hay que ver la evolución de las *Novelas* a los *Desengaños* de María de Zayas en este contexto histórico.

«... aquella porfiada defensa de su sexo contra la opinión de su siglo que calificaba a la mujer de *animal imperfecto*: por ello esta admirable escritora tira a que sus relatos sean como valedores y testigos del nombre y estimación que merecía».<sup>1</sup>

He tenido dificultad empero en encontrar ejemplos de dicha característica supuesta en ella, sobre todo en la primera parte. Verdad es que el prólogo «Al que leyere» contiene una justificación (I, 21-22) de doña María por haber escrito y publicado la obra. No nos resulta extraña esta necesidad de defenderse; la mujer en la época de doña María estaba confinada a un segundo término. En el curso de su defensa, doña María sostiene que no hay diferencia esencial entre hombres y mujeres y que la inferioridad de la que sufren las mujeres se debe a la falta de enseñanza. Nos da ejemplos de lo que son capaces las mujeres si se les ofrece la ocasión de demostrarlo: cita nombres de mujeres ilustres de la Antigüedad. También surge el tema que encontramos con frecuencia en la segunda parte: hay que respetar a la mujer. Sin embargo, en las historias que siguen hay muy pocas tentativas de desarrollar los temas mencionados en dicho prólogo. Su concepto de las mujeres no es nada idealizante: muchas protagonistas pecan de flaqueza; algunas figuras femeninas hacen de tercera y no faltan las que engañan a los galanes. Incluso en las ocasiones en que su intento es dar un retrato poco favorable de los hombres, no puede menos que reconocer que existen hombres buenos.

Durante la lectura de ambas partes me llamó la atención el hecho de que entre el volumen primero y el volumen segundo existen algunas notables diferencias, que podrían explicarse por el factor temporal:

- 1) Pasaron diez años entre la impresión de la primera y de la segunda parte, años que dejaron sin duda una huella en la vida de la escritora;
- 2) Como consecuencia de esto, no es de extrañar que el título de la segunda parte sea *Desengaños Amorosos*;<sup>2</sup>
- 3) Un cambio de técnica: en la primera parte, cinco historias se cuentan por hombres, contra el mismo número de historias por mujeres, mientras que en la segunda parte son sólo las damas las que desengañan;
- 4) Las historias de la segunda parte tienen un carácter marcadamente

1. A. G. DE AMEZÚA, *Opúsculos*, I, 264. Para este trabajo me he servido de la edición de AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO (Madrid 1948-1950). Hay que leer el prólogo de esta edición con mucho cuidado, porque el deseo de alabar a la autora a cada paso ha llevado al señor Amezúa a atribuirle cualidades que una detenida lectura de las novelas no puede justificar, como por ejemplo, su estilo, sus fines morales y religiosos y en particular su originalidad y realismo (cf. I, pág. XVI). E. B. PLACE en su estudio bien documentado, *María de Zayas, an outstanding woman short-story writer of seventeenth century Spain*, «University of Colorado Studies» (Boulder, Colorado, 1923), ya pudo indicar las numerosas fuentes que le sirvieron a doña María de Zayas para sus novelas. Véase también la reseña que hizo ROBERT H. WILLIAMS de la edición moderna de AMEZÚA en *HR*, XVIII (1950), 75-77.

2. Aunque MANUEL JIMÉNEZ CATALÁN, en su *Ensayo de una tipografía zaragozana del siglo XVII* (Zaragoza 1927), cite, basándose en el bibliógrafo Nicolás Antonio, como título de la primera edición de dicha segunda parte (Zaragoza 1647), *Novelas y Saraos*. Efectivamente, la misma doña María se refiere a los cuentos de la segunda parte llamándolos *Desengaños* (II, 10).

sanguinario y un tono más «desengañado» y las protagonistas sufren por regla general más que las de la primera parte;

5) En la segunda parte es notable el énfasis que pone doña María en la moral de las historias en los pasajes que sirven de enlace de las mismas.<sup>3</sup>

Son las diferencias entre ambas partes y el supuesto feminismo de doña María de Zayas las que me han llevado a estudiar más a fondo su obra. El método que sigo es el de analizar, cuento por cuento, las dos partes y formular mis conclusiones a base de la intención de cada uno.

## II

### ANÁLISIS DE LAS NOVELAS

#### Primera parte

1. *Aventurarse perdiendo*. — El regreso a España de don Félix (pág. 62) sería la causa de las desgracias de Jacinta, pero a pesar de su «crueldad» para con Adriana y la poca vergüenza en cuanto a su decisión de ir a Flandes sin escribir a Jacinta, al no encontrar carta de ella en Nápoles, no nos parece justo echarle la culpa de tales desgracias. En cambio, el hecho de haberla abandonado por un período de seis años, lo que hubiera podido ser utilizado con gran efecto para demostrar el carácter egocéntrico del hombre, no se aprovecha para tal fin. No encontramos desaprobación alguna en esto, ni más adelante en la decisión que toma don Félix de obedecer a Su Majestad, participando en la guerra que le llevará al África del Norte. Hasta dice Jacinta que la decisión fue digna de alabanza. Es evidente que Jacinta no le guarda rencor, ni siquiera en el momento de contar su historia (págs. 65-66).

En efecto (veremos muchas veces en las novelas de doña María que las desgracias de la protagonista tienen su origen en otra mujer), la prima de don Félix es la causa del primer infortunio de Jacinta (pág. 54). Luego la muchacha sufre las consecuencias de la trampa de su padre: la huida de don Félix y su muerte fingida (págs. 58 y 60).

Jacinta misma nos indica otra causa de sus penas: el sacrilegio cometido a la vuelta de don Félix, es decir: el haber dormido juntos porque les pareció que el Breve del Papa estaba seguro (pág. 63). Recordemos que Jacinta, al recibir las noticias sobre la (fingida) muerte de don Félix, había tomado el velo.

«¡Oh, caso atroz y riguroso! Pues todas o las más noches entraba a dormir conmigo... Cuando considero esto no me admiro, Fabio, de las desdichas que me persiguen, y antes alabo y engrandezco el amor y misericordia de Dios, en no enviar un rayo contra nosotros.»

3. En cambio, dice AMEZÚA en su prólogo a la segunda parte, en la pág. VIII: «Si cotejamos esta *Segunda* parte de las *Novelas* de doña María con las de la *Primera*, no hallaremos diferencias estéticas ni literarias notables que las distingan, y por ello creo que estuvo muy acertada su autora al rotularlas de este modo y tenerlas como una verdadera continuación».

El hombre que entra luego en la vida de Jacinta no tiene tan buena reputación, pero Jacinta entabla relaciones con él con los ojos abiertos — antes de enamorarse bien sabía qué clase de hombre era (pág. 70) —. Si su amor por Félix la llevó a cometer sacrilegio, hubiera podido prever que a cambio de su amor por Celio sólo encontraría menosprecio. A pesar de todo lo que sufre a causa de sus relaciones con Celio, no se arrepiente de ellas.<sup>4</sup> Está dispuesta a volver a un convento, pero como lega.

Verdad es que Jacinta exclama en una ocasión (pág. 71):

«¡Ay de mí, que cuando considero las estratagemas y ardides con que los hombres rinden las mujeres y combaten su flaqueza, digo que todos son traidores, y el amor guerra y batalla campal, donde el amor combate a sangre y fuego al honor, alcalde de la fortaleza del alma!»,

pero esto se le olvida durante la mala experiencia que sufre con Celio, el único que no es digno de alabanza de los tres hombres que desempeñan un papel importante en su vida (cf. el aprecio de Félix en la pág. 66 y el de Fabio en la pág. 78). Incluso Celio, más adelante, nos es presentado con cierta simpatía (págs. 75-77). Se pone de manifiesto que es una excepción: no todos los hombres son así.

2. *La burlada Aminta y venganza del honor.* — Es otra vez una mujer — incluso una de mala vida — la causa del infortunio de la protagonista, al dar los primeros pasos para que Aminta sea seducida. Flora le dice a su amante don Jacinto, que está tristísimo porque no ve manera de satisfacer sus deseos:

«En lugar de enojo tengo lástima por ver cuán imposibles han de ser tus deseos si no te vales del engaño» (pág. 89).

En otras palabras, es ella la que introduce la idea del engaño e inicia la campaña contra Aminta. En la realización, tanto ella como otra mujer, doña Elena, desempeñan los papeles importantes.

Desde luego, don Jacinto no es hombre simpático, pero la crítica de doña María de Zayas va dirigida a Flora; no nos oculta quién tiene la culpa:

«A don Jacinto disculpa amor, a la triste Aminta el engaño, mas para Flora no hay disculpa. Ya no admiren los engaños de los hombres, que Flora pasó todos» (pág. 98).

Ésta es la primera mitad del cuento. El resto, tal como Matilde ya había anunciado en su introducción (pág. 81), describe la venganza que toma Aminta, ayudada por el buen caballero don Martín, que nos es presentado de manera muy favorable (págs. 107 y 110) y con quien se casará después.

4. «Soy Fénix de amor, quise a don Félix hasta que me le quitó la muerte; quiero y querré a Celio hasta que ella triunfe de mi vida. Hice elección de amar y con ella acabaré» (pág. 78).

3. *El castigo de la miseria.* — Ésta difiere de la mayoría de las Maravillas en que, en principio, no se trata de aventuras amorosas sino, como ya indica el título, de la miseria.

Notable es que ninguna de las mujeres que salen en esta historia hace propaganda de su sexo, aunque sea éste un punto de menor interés para la trama del cuento.

4. *El prevenido engañado.* — Éste es un cuento de aviso para los hombres que no están dispuestos a fiarse de una mujer sin tener de antemano la garantía de que no serán engañados y que desean casarse con una mujer simple y poco compleja que no tenga personalidad propia (págs. 173 y 210).

En el curso de esta Maravilla encontramos una serie de mujeres de tal índole que no sería de extrañar que cada hombre desconfiara del sexo femenino. Después de Serafina, que da a luz a una niña y la abandona, encontramos a Beatrix que, haciendo ostentación de su «virtud» (pág. 176), ha matado a su amante (un negro) con sus excesivas demandas (págs. 183-184). Luego sigue Violante que, después de haberse burlado de don Fadrique de una manera muy cruel (pág. 201), resulta ser inconstante e infiel (pág. 205). En Italia, al infortunado don Fadrique

«le sucedieron varios y diversos casos, con los cuales confirmaba la opinión de que todas las mujeres que daban en discretas, destruían con sus astucias la opinión de los hombres» (pág. 204).<sup>5</sup>

Cuando por fin vuelve a España, le acoge la Duquesa que, después de haber engañado a su marido con don Fadrique, confirma su opinión acerca de las mujeres discretas chasqueando a ambos (pág. 208).

5. *La fuerza del amor.* — Es ésta la Maravilla que parece tener elementos de feminismo. Es una historia romántica al final de la cual la protagonista entra en un convento porque

«ella estaba desengañada de lo que era el mundo y los hombres, y que así no quería más batallar con ellos» (pág. 246).

Laura se lamenta:

«Tomen escarmiento en mí las mujeres que se dejan engañar de promesas de hombres, pues pueden considerar que, si han de ser como tú, que más se ponen a padecer que a vivir» (pág. 237).

Parece, sin embargo, que esto no va dirigido a los hombres en general, sino sólo a los que «han de ser como tú» (i. e. don Diego). Doña María nos muestra claramente que el tema central no es la perversidad de los hombres (en la primera parte ésta es una de las pocas ocasiones en que la mujer es

5. Un buen ejemplo es el siguiente: «En Nápoles tuvo una dama que todas las veces que entraba su marido, le hacía parecer [a don Fadrique] una artesa arrimada a una pared. Y de Nápoles pasó a Roma, donde tuvo amistad con otra, que por su causa mató a su marido una noche y le llevó a cuestras en un costal a echarle en el río» (pág. 204).

maltratada físicamente), sino *la fuerza del amor*, o sea demostrar hasta qué punto el amor de la mujer que ama de verdad la puede llevar a la magia. Ésta es la interpretación que tanto Nise (pág. 220) como Filis (pág. 249) sugieren. Como explicación de la desgracia que sufre Laura, después de haberse casado con don Diego, leemos:

«¿Qué le faltaba a Laura para ser dichosa? Nada, sino haberse fiado de amor y creer que era poderoso para vencer los mayores imposibles, que harto lo era pedir a un hombre firmeza, y más si posee; estime, y daréla aborrecida, aunque sea más bella que Venus» (pág. 230).

Cuando Laura recuerda el hecho, «tiembla, acordándose de donde estuvo» (pág. 247).

Aunque el retrato de don Diego es poco favorable, su arrepentimiento parece sincero: como fianza entrega a su querida, Nise, a la Justicia. Una vez más, una mujer tiene en gran parte la culpa de las desgracias de la protagonista y Nise es puesta en el mismo plan que don Diego. Su amor por él le hizo tomar la decisión de gozarle como amante si no podía ser como marido (págs. 230-31): otro ejemplo de «la fuerza del amor».

6. *El desengaño andando, y premio de la virtud*. — Fernando es un joven vicioso (pág. 252) y Juana una joven indefensa (pág. 252) y enamoradísima de él. Sin embargo, las desgracias de Juana no tienen sólo su origen en el carácter de su amante. Otra vez sale una mujer, una especie de bruja (pág. 258) que logra atraer a Fernando mediante hechizos.

Asustada, Juana entra en un convento, después de haber intentado en vano recuperarle con la ayuda de los conjuros de un estudiante.

«... no tengo más de un alma, ésa perdida; no sé qué me queda más a perder, Los avisos del cielo ya pasan a uno, no será razón aguardar a cuando no haya remedio» (pág. 268).

Fernando, «libre desta carga», se casa a continuación con Clara, a quien maltrata y abandona por culpa de Lucrecia, la bruja, que vuelve a intervenir (pág. 272). El poder de Lucrecia es tan grande que esta vez Fernando ni siquiera reconoce a su mujer cuando ésta se decide a entrar a servir en la casa en que el amado vive con Lucrecia. Clara logra descubrir el secreto de la hechicería de Lucrecia, quien, al ser descubierta, se suicida. Fernando muere del disgusto y Clara, en merecimiento de su constancia y virtud, se casa con el noble y fiel don Sancho, amor firme y no fundado en el apetito.

7. *Al fin se paga todo*. — Durante ocho años, Hipólita ha llevado la vida de casada feliz. El único defecto que su marido don Pedro parece tener es su falta de celos. Su generosidad al final de la Maravilla es verdaderamente notable (págs. 298, 326). Exclama Hipólita:

«Pluguiera Dios hubiera yo sido cuerda y supiera agradecer este amor y hubiera excusado las desdichas que padezco» (pág. 298).

A pesar de su feliz casamiento, se enamora del caballero portugués don Gaspar (pág. 299) y a causa de este amor empieza a tenerle odio a su marido. Repetidas veces está dispuesta a engañarle (págs. 306, 309-10, 312).

El cuñado de Hipólita, enamorado de ella sin ser correspondido, sabe aprovechar la ocasión. Un día Hipólita, apurada y desesperada, invoca la ayuda de don Luis. La saca del apuro y empieza a ejercer un chantaje, pidiendo el premio de su amor (págs. 313, 315). Fingiéndose ser su propio hermano, logra gozarla. Hipólita, cuando se entera del engaño, le mata, huye y acude a don Gaspar, quien ya no quiere saber nada de ella. Sus quejas por las incomodidades sufridas en sus tentativas de acudir a las citas con ella no encuentran excusa. En cambio, don García nos es presentado como caballero perfecto que ampara a Hipólita.

8. *El imposible vencido.* — En esta Maravilla son los padres de Laura los que tienen la culpa de la desgracia de su hija, ya al principio del cuento (pág. 331) y luego cuando la persuaden de que se case con don Alonso, valiéndose de una carta falsa que va dirigida a los padres de don Rodrigo (pág. 354). El marido elegido es «celoso y no de mejor condición que otro» (pág. 357) y avaro (pág. 363).

Otra vez encontramos a una muchacha que prorrumpe en lamentos; acusa a los hombres de falsedad, crueldad e infidelidad. En aquel momento es muy natural que lo haga, porque se cree abandonada por su amante, pero se equivoca: don Rodrigo vuelve y gracias a un milagro se puede casar con ella felizmente. La constancia de don Rodrigo le convierte en un caballero ejemplar.

9. *El juez de su causa.* — De nuevo es una mujer la causa de la desgracia de la pareja enamorada (págs. 374-383), y esta vez con ayuda de un moro (págs. 378-379). Además, volvemos a encontrar a los padres de la muchacha que impiden el casamiento, ya que el enlace con un conde italiano les parece más ventajoso (pág. 377). Si don Carlos, al final, durante la sesión del tribunal, vacila un poco, no se lo podemos echar a mala parte y doña María no da mucha importancia a este hecho.

10. *El jardín engañoso.* — Las complicaciones de esta trama de amor nacen de dos raíces:

- a) la traición de Teodora hecha a su hermana, aunque no pudo prever las terribles consecuencias al incitar a Jorge contra su hermano;
- b) los celos que Jorge le tiene a Federico.

Una vez más, una mujer es la causa principal de las desdichas de otra.

Al leer con detenimiento las diez Maravillas de la primera parte, encontramos poquísimas muestras de intención consciente por parte de doña María de Zayas para hacer propaganda feminista. De los tres propósitos con que

se puso a escribir novelas, según Amezúa (parte II, pág. ix), sólo uno es evidente: «el pasatiempo y la diversión en las horas ociosas».<sup>6</sup>

De las ocho Maravillas que tratan de las desgracias de parejas enamoradas (excluimos *El castigo de la miseria* y *El prevenido engañado*), siete terminan en un tono de reconciliación, en algunos casos incluso con el casamiento de una pareja que en adelante vive feliz.

*Aventurarse perdiendo* no acaba con el enlace matrimonial de Jacinta, pero nos enteramos de su vuelta a la Corte:

«donde hoy vive en un Monasterio della, tan contenta, que le parece que no tiene más bien que desear ni más gusto que pedir» (pág. 79).

El único cuento que no tiene un desenlace feliz, *La fuerza del amor*, junto con *El prevenido engañado*, tiene ciertos rasgos que pudieran considerarse feministas. Sin embargo, el feminismo no es el argumento principal. Los pasajes en que doña María, a primera vista, parece alegar argumentos feministas, resultan ser testimonios de feminismo menos conscientes cuando son considerados en el contexto que cuando son presentados aislados. Después de un examen esmerado de las novelas de esta parte primera, no hallo consistencia en querer hacer resaltar la subordinación de la mujer al hombre, ni sugerencias para mejorar la posición de la mujer. Falta también toda verdadera tentativa de demostrar la igualdad entre hombres y mujeres.

## Segunda parte

En su introducción nos dice doña María que

«Fué la pretensión de Lisis en esto volver por la fama de las mujeres (tan postrada y abatida por su mal juicio, que apenas hay quien hable bien de ellas). Y como son los hombres los que presiden todo, jamás cuentan los malos pagos que dan, sino que les dan; y si bien lo miran, ellos cometen la culpa, y ellas siguen tras su opinión, pensando que aciertan; que lo cierto es que no hubiera malas mujeres si no hubiera malos hombres. No hablo con los que no fueren, que de la misma manera que a la mujer falsa, inconstante, liviana, y sin reputación no se le ha de dar nombre de mujer, sino de bestia fiera, así el hombre cuerdo, bien intencionado, y que sabe en los mismos vicios aprovecharse de la virtud y nobleza a que está obligado, no será comprendido en mi reprehensión; mas hablo de los que, olvidados de sus obligaciones, hacen diferente de lo que es justo; estos tales no serán hombres, sino monstruos; y si todos lo son, con todos hablo, advirtiendo que de las mujeres que hablaré en este libro no son de las comunes, y que tienen por oficio granjería el serlo, que ésas pasan por sabandijas, sino de las no merecedoras de desdichados sucesos» (págs. 10-11).

y que el desengaño primero se cuenta

«para que las damas se avisen de los engaños y cautelas de los hombres, para que vuelvan por su fama en tiempo que la tienen tan perdida» (pág. 16).

6. «y ése no sirve de desengaño, sino de entretenimiento» (pág. 144).

1. *La esclava de su amante.* — Don Manuel, que no es correspondido en su amor por Isabel, a quien ha galanteado asiduamente, consigue gozarla valiéndose de una artimaña. Cuando ella trata de vengarse, don Manuel le promete que se casará con ella e Isabel, al cabo de algún tiempo, empieza a quererle. Don Manuel no mantiene su palabra porque se lo impide su antigua amante.

«Ella era mujer que no temía a Dios, ni a su marido, pues llegó su atrevimiento a tratar de quitarme la vida con sus propias manos» (págs. 37-38).

Isabel llega al colmo de estar locamente enamorada de Manuel, y cuando éste huye a Italia, ella le sigue disfrazada de esclava, lo cual en el momento de contar su historia recuerda como «loca determinación». Cuando su padre se entera de ello, muere del disgusto.

Don Felipe, uno de sus antiguos pretendientes, que tiene todas las virtudes menos la de tener hacienda,<sup>7</sup> la sigue y ofrece una satisfacción. Sin embargo, cuando Isabel amenaza a Manuel con venganza, se deja vencer fácilmente (pág. 53). ¡Había tenido ya suficiente experiencia para poder saber que las promesas de don Manuel no tenían ningún valor! Cuando llegan a Sicilia, él sigue tan infiel como antes.

Allí los dos caen presos de los moros. Una mora, Zaida, enamorada de don Manuel, los ayuda a escapar. Don Manuel promete casarse con ella, promesa que desde luego no cumple y una vez sanos y salvos en Zaragoza, le dice rotundamente a Isabel que tampoco se casará con ella.

Finalmente, don Felipe mata a don Manuel y se marcha a la francesa. Isabel, avergonzada, no se atreve a presentarse en casa de su madre y se decide a volver a la esclavitud. Puesta en libertad por su ama, Isabel declara que entrará en Religión,

«pues ya no ha de resucitar don Manuel, ni cuando esto fuera posible, me fiara de él, ni de ningún hombre, pues a todos los contemplo en éste engañosos y taimados para con las mujeres» (pág. 64).

Este juicio general no parece muy justo, sobre todo para con el fiel don Felipe que sufrió tantas penas por Isabel.

2. *La más infame venganza.* — El casamiento de don Carlos y doña Octavia resulta más o menos imposible, ya que Octavia no tiene dote ni hacienda. Lo sabe y sin embargo se enamora de don Carlos.

Octavia se rinde y Carlos después de algún tiempo se cansa de ella. Cuando su padre está tratando de casarle con una mujer muy rica, Carlos, mediante una treta, sabe persuadir a Octavia que entre en un convento. Octavia se entera del engaño y manda por su hermano para que la vengue. La venganza de don Juan consiste en abusar de la esposa de Carlos. Éste, viendo su

7. «mas, siendo pobre, ¿cómo le había de mirar mi desvanecimiento?, pues tenía yo hacienda para él y para mí» (pág. 19).

honor manchado, envenena a Camila. Octavia se mete religiosa y tanto don Juan como don Carlos desaparecen de la escena.

La moral al final del Desengaño es que

«... ni las culpadas ni las sin culpa están seguras de la desdicha, que a todas se extiende su jurisdicción; y si esta desdicha la causan los engaños de los hombres o su flaqueza, ellas mismas lo podrán decir» (pág. 98).

¡A pesar de que en la discusión que remata cada Desengaño es precisamente doña Isabel la que sugiere que incluso Camila, aunque sea en parte, tiene la culpa!

3. *La inocencia castigada.* — El propósito de este Desengaño es la demostración de la crueldad de los hombres y cuán poco les interesa la inocencia de la mujer (pág. 109).

Doña Inés

«aceptó el casamiento, quizá no tanto por él, cuanto por salir de la rigurosa condición de su cuñada» (pág. 110).

Es muy feliz

«porque su esposo hacía la estimación de ella que merecía su valor y hermosura ..... Gozaba la bella dama una vida gustosa y descansada» «pág. 111).

Es precisamente la hermosura la causa de la desgracia de doña Inés. Como sale más de lo que solía hacer antes de casarse, muchos empiezan a mirarla, entre ellos don Diego. Cuando ya ha perdido toda esperanza de lograr su fin, una vecina de Inés, fingiendo ser amiga suya, le ofrece la ayuda necesaria. Esta mujer consigue que Inés le preste un vestido suyo. Se lo pone a otra que en varias ocasiones hace de Inés. La treta se descubre, pero don Diego persiste y se vale esta vez de un moro hechicero. Mediante éste, goza a Inés que en aquellos momentos está embrujada. Esta treta también se descubre y el Corregidor considera comprobada la inocencia de Inés. Su hermano, empero, ve la honra familiar manchada. Su esposa y el marido de Inés son de la misma opinión. Los tres la emparedan en el hueco de una chimenea, donde permanece seis años hasta que la descubren, ciega, sucia, vestida de trapos y medio muerta. Restituida su hermosura, sana pero ciega, entra en un convento.

Concluye la desengañadora Laura por decir:

«Ved ahora si puede servir de buen engaño a las damas, pues si a las inocentes les sucede esto, ¿qué esperan las culpadas? Pues en cuanto a la crueldad para con las desdichadas mujeres, no hay que fiar en hermanos ni maridos, que todos son hombres» (pág. 138).

4. *El verdugo de su esposa.* — En este Desengaño nos enteramos de que si Camila (Desengaño 2), murió porque calló las pretensiones de don Juan, la protagonista muere porque informó a su marido de las pretensiones de otro

don Juan. La conclusión que saca Nise, a quien le ha tocado «desengañar», es que

«ninguna acertó, ni la una callando, ni la otra hablando» (pág. 171).

La amistad entre don Juan y don Pedro es conocida en todas partes.<sup>8</sup> Don Pedro se casa y, después de algún tiempo, don Juan se da cuenta de su amor por Rosaleta, la esposa de don Pedro. Ella le dice varias veces a don Juan que no le gustan sus pretensiones y finalmente, cansada de ellas, enseña a su marido las cartas y los sonetos que don Juan le ha enviado. Don Pedro le pone una trampa a don Juan, pero éste escapa gracias a la intervención de la Virgen y se ve obligado a entrar en un monasterio para hacerse digno de esta salvación.

Angeliana, antigua amante de don Juan — «era libre y había errado» — quiere tomar venganza porque don Juan la abandonó por Rosaleta. Se hace amante de don Pedro y sabe incitarle contra Rosaleta. A este punto, don Pedro, sea por lo que pasó con don Juan, sea porque está cansado de Rosaleta «por tenerla por plato ordinario» (pág. 167), empieza a tenerle odio a su esposa «que ante sus ojos era un monstruo y una bestia fiera» (pág. 168). Por fin mata a Rosaleta y tres meses después se casa con Angeliana «con quien vivió en paz, aunque no seguro del castigo de Dios» (pág. 171).

El resultado de la discusión que sigue es que las mujeres no deben fiarse de los hombres que, tarde o temprano, maltratan a la que quieren más. Curioso es que el papel desempeñado por Angeliana no se pone en tela de juicio en esta discusión, y ¡es ella la causa de la muerte de Rosaleta y ve satisfechos sus deseos!

5. *Tarde llega el desengaño.* — Es otra historia sobre la crueldad de los hombres contra la cual la inocencia de la mujer no tiene defensa. Nos enteramos de cómo don Jaime, creyendo el cuento del adulterio contado por su criada, una negra, mata al primo de su mujer y la trata a ella peor que a una perra. La tiene encerrada todo el día y sólo la saca para que coma lo que queda de las comidas y la hace beber en el cráneo de su primo. A la negra la tiene don Jaime como señora de la casa. Finalmente ésta confiesa haber mentido. Quiso vengarse en el primo porque no correspondía a su amor y en la esposa de don Jaime porque la había castigado.

Una nota sorprendente nos ofrece el final, en que don Martín, huésped de don Jaime, vuelve a España y vive felizmente casado, escarmentado con el suceso que presencié (pág. 207).

6. *Amar sólo por vencer.* — Tan enamorado está don Esteban de Laurela que, disfrazado de mujer, entra a su servicio. Después de un año le confiesa su amor y, pasada la indignación, la joven e inocente Laurela se enamora

8. Notable es el paralelo de este Desengaño con la novela intercalada en el *Quijote*, parte I, caps. xxxiii-xxxv, «El curioso impertinente». El mismo tema, sea en otra elaboración, volvemos a encontrarlo en una de las *Tres novelas ejemplares y un prólogo* de MIGUEL DE UNAMUNO, «Nada menos que todo un hombre».

locamente de él. Después de haberla gozado, Esteban le cuenta que no es noble y que está casado. La abandona.

Don Enrique, pretendiente de Laurela, sigue queriéndola y está dispuesto a casarse con ella a pesar de todo, pero el padre de Laurela opina que su hija no está sino para un convento. La verdad es que la lleva a casa de su tía, hermana de su padre, y entre los dos arreglan un «accidente» en el que Laurela y una criada pierden la vida. El comentario de los malhechores es:

«Páguelo la traidora, que se dexó engañar y vencer, pues no hemos podido hallar al engañador, para que lo pagaran juntos» (pág. 252).

Las hermanas y la madre de Laurela, al descubrir la verdad, entran en un convento.

Esta triste historia se cuenta

«para que sirva a las damas de desengaño, para no fiarse de los bien fingidos engaños de los cautelosos amantes, que no les dura la voluntad más de hasta vencerlas» (pág. 253).

7. *Mal presagio casar lejos.* — Este Desengaño, tal vez el más repugnante de todos, nos entera de cómo doña Blanca se casa con un Príncipe de Flandes, después de haber insistido en que la galantee durante un año,

«porque quería amar por el trato y conocer en él el conocimiento, condición y gracias de su esposo» (pág. 262).

A los dos meses de casados, el Príncipe,

«como ya estaba en posesión, se iba cansando de los gustos que en esperanza le habían agradado» (pág. 272),

se pone negligente y las dificultades empiezan. Una vez en Flandes, la situación va de mal en peor. El suegro resulta ser un «hombre severo y que tocaba más en cruel que en piadoso» (pág. 273). La cuñada, doña Marieta, es amable y con ella doña Blanca traba amistad. La pobre es igualmente maltratada por su marido. Cierta día, sospechosa de mala conducta, es asesinada. Son el juez su padre, el verdugo su esposo mismo. Pocos días después doña Blanca descubre que su marido es homosexual y se da cuenta de que este descubrimiento le costará la vida (pág. 286). En efecto, muere desgraciadamente. Nos llama la atención el siguiente intercalado de doña María de Zayas:

«los estragos, que tocaron en crueldades, que el duque de Alba hizo en ellos (i. e. los Estados de Flandes), fué en venganza de esta muerte» (pág. 290).

En la discusión todos los galanes están de acuerdo en que

«hay hombres que en sus crueldades y engaños, condenándose a sí, disculpan a las mujeres» (págs. 292-293).

8. *El traidor contra su sangre.* — Otra vez la intención es demostrar «la crueldad de los hombres e inocencia de muchas mujeres que han padecido sin culpa».

Don Pedro, «hombre soberbio y de condición cruel», tiene un hijo, don Alonso, y una hija, doña Mencía. Muchos pretendientes solicitan la mano de la hija, pero como don Pedro no quiere darle dote, dividiendo así su hacienda, la destina para la Religión. Uno de los pretendientes es don Enrique, hijo de labradores, y como tal inaceptable como yerno. Doña Mencía, ya encerrada en un convento, es galanteada por él. Clarela, «dama casada, más libre y desenvuelta», y antigua amante de don Enrique, se entera del galanteo y busca venganza. Se hace amante de don Alonso y con la ayuda de algunas amigas — «todas estaban puestas en hacer este mal a doña Mencía» — convence a don Alonso de que su honor familiar ha sido manchado. Por consiguiente, don Alonso, con el consentimiento de su padre, asesina a su hermana. Don Enrique escapa de la misma suerte y ¡se hace fraile!

Don Alonso huye a Italia, donde se casa con doña Ana, hermosa pero sin hacienda. Cuando don Pedro se entera de ello, cesa de mandarle dinero a don Alonso, quien empieza a odiar a su esposa, por más que la amara antes. La mata con la esperanza de recuperar el amor paternal y con éste el dinero. El crimen se descubre y cuelgan a don Alonso. Su padre muere poco después.

9. *La perseguida triunfante.* — Desengañadora es la monja doña Estefanía. Nos cuenta cómo la reina de Hungría, por no querer ceder a los «libidinosos apetitos y viles y desordenados deseos» de su cuñado, es sentenciada a la ceguera. La abandonan en un bosque lleno de fieras. Todo aquello a pesar del hecho de que su matrimonio era muy idílico y que «el Rey de verdad amaba a la Reina tiernísimamente».

Salvada una vez por intervención directa de la Madre de Dios, la pobre es perseguida por su cuñado y su ayudante hechicero, que tiene una sortija mágica. Cuatro veces seguidas el cuñado trata de gozarla y todas las veces la reina logra escapar por intervención de la Virgen. Por fin se rehabilita el honor de la reina, que se mete a religiosa. El rey sigue sus pasos y toma el hábito de San Benito, dejando a su hermano arrepentido Rey de Hungría. Notable es la actitud de los padres de la reina: a pesar de las malas experiencias de su hija, tienen por lo visto tanta confianza en el arrepentimiento de Federico que le dan otra hija como esposa.

La moral de este Desengaño la formula doña Estefanía de la manera siguiente:

«Pues mirad cómo esta reina, que pues merecía tener el favor de la Madre de Dios, buena era; pues si siendo buena tuvo necesidad de que la Madre de Dios la defendiese de un hombre, vosotras, en guerra de tantos y sin su favor, ¿cómo os pensáis defender?»

10. *Engaños que causa el vicio.* — Don Gaspar, enamorado de doña Florentina, la encuentra fuera de su casa, gravemente herida. Resulta que en la casa hay diez muertos. Recuperada la salud, doña Florentina cuenta a don Gaspar su historia.

Florentina tiene una hermana de adopción con quien se ha criado y a la que quiere mucho. Cuando ésta se casa con don Dionís, Florentina va a vivir

con ellos. Se enamora de su cuñado y a causa de esta pasión pierde poco a poco la salud. Por fin, toma la decisión de declararse y don Dionís la corresponde. Durante un año siguen amantes sin que la esposa de don Dionís lo sepa, aunque la negligencia por parte de su marido la hace infeliz.

Florentina confiesa el secreto a su criada, contándole que don Dionís se casará con ella si su mujer muere. A esto la criada sugiere matar al ama, y da los primeros pasos. Mediante una treta consigue que don Dionís sospeche que su mujer haya cometido adulterio con un paje. Furioso, asesina a su mujer y al paje. Cuando se entera de la verdad, los mata a todos, incluso a sí mismo. Sólo doña Florentina sabe escapar con vida y entra en un convento. Don Gaspar tiene la prudencia de casarse con otra mujer.

Hay que reconocer que la tendencia feminista de esta parte segunda es mucho más marcada que la de la primera parte, ya que no existe ni un relato en el segundo libro que no sea una acusación contra el espíritu dominante del hombre sobre la mujer. Las discusiones que siguen al final de cada *Desengaño*, en que se subraya esta sensación, da más unidad a esta parte. El tenor del libro es también mucho más amargado. Dejando aparte los detalles de crueldad para con las protagonistas, casi siempre repugnantes, el simple hecho de que ninguno de los relatos termine con el casamiento feliz de la protagonista (contra siete relatos en la primera parte) es muy significativo.

### III

#### EL FEMINISMO DE MARÍA DE ZAYAS

En la segunda parte de sus novelas, María de Zayas hace numerosos comentarios sobre los *Desengaños*, dando mucha importancia a su moral.<sup>9</sup> Hay tres temas principales que destacan:

A) María de Zayas está convencida de la decadencia de su tiempo y de que la posibilidad de mejoramiento es muy limitada;

B) Aunque no todas las mujeres son buenas, ni todos los hombres malos, son los hombres los que tienen la culpa de esta situación;

C) El mayor crimen del hombre no está en el engañar a la mujer, sino en la desestimación en que la tiene en general; para María de Zayas, la estima del caballero por la mujer es la base de la sociedad, es decir, que el caballero, «como en otros tiempos, y en particular en el del rey don Fernando el Católico se hacía», debe defender a su rey y a la mujer antes que a su propia vida. Este espíritu falta por completo.

Examinemos estos temas con más detenimiento.

A) *La decadencia de la época*. — Hay que recordar que María de Zayas escribió sus novelas en tiempos en que, en la política internacional, la supre-

9. Sobre todo en el epílogo, II, 453-460.

macía de España en Europa como poder principal había sido desafiada y subvertida. En la escuálida escena de la Guerra de los Treinta Años, el papel de España como propugnador del Catolicismo había dejado de ser significativo. Después de la muerte de Felipe II, la sociedad española y la aristocracia en particular, habían perdido cada vez más el interés por esta misión. Bajo los validos Lerma y Olivares, venía manifestándose un relajamiento de moral y progresiva propensión al lujo, ajenos al espíritu del siglo xvi. Mientras tanto, la falta de éxito militar, unida a la carga de los impuestos ya casi inaguantables, dio origen al desengaño que llegó al colmo en los años en que María de Zayas estaba escribiendo la segunda parte de sus novelas, los años de las guerras de separación catalana y portuguesa,<sup>10</sup> de la sublevación en Italia y en que, por fin, se vieron frustradas las esperanzas de éxito en la Guerra de los Treinta Años.

En el campo de las relaciones personales también se manifestó un tono de desengaño. Las novelas de la época nos pintan una sociedad en la que por un lado se imponían muchas restricciones a las mujeres, sin que por otro hubiera un acusado sentido de moralidad personal. Según Bourland,

«Neither ethics nor religion seems to have restrained the “caballero” in his relations with women. There was little or no public opinion against the sowing of wild oats in any form and if the testimony of the “novela” is to be trusted, the young gentleman of the period, however distinguished his family or his personal attainments, did not feel himself dishonoured by casual episodes of the basest character. So uncritically assumed in the short stories is moral carelessness on the part of young men that the discovery in a “novela” of Montalbán’s (*Al Cabo de los años mil*) of a youth who has qualms of conscience about his loose living comes as a surprise».<sup>11</sup>

Fue una época de desenfado moral; en toda la estructura social tal como era no había lugar para una relación satisfactoria entre los sexos:

«Las hijas de las familias nobles no eran más que mercancía en manos de sus padres. Y de los jóvenes aristocráticos eran únicamente los primogénitos los que a veces... podían escoger libremente. Los casos descritos por Doña María de Zayas son aquellos en que hombres y mujeres... rompen con todo... y se entregan a... lo que ellos creen que es el amor, y que no es más que un espejismo. Pues no es más que la sensualidad despertada repentinamente al ver un hombre “de buen tallo” o una mujer “serafín en belleza”. Los momentos en que estos amantes improvisados podían burlar la vigilancia de los guardadores del honor eran tan escasos, que sin preámbulos, sin que pudieran conocerse siquiera, arrastrados por el poder avasallador del sexo, se apresuraron a “gozarse”. Y pronto llega el desengaño. Claro que los casos descritos por Doña María son excepcionales, pero lo que no puede haber sido excepcional es el desengaño terrible, consecuencia de las ideas sociales reinantes».<sup>12</sup>

10. Cf. II, 19: «Sucedió en este tiempo el levantamiento de Cataluña, para castigo de nuestros pecados».

11. C. B. BOURLAND, *The short story in Spain in the 17th Century* (Northampton, Mass., 1927), 31. Cf. también GREGORIO MARAÑÓN, *Don Juan* («Col. Austral», n.º 129), 23, en que habla de «el ambiente del siglo, cargado de insana sensualidad».

12. J. A. VAN PRAAG, *Sobre las novelas de María de Zayas*, «Clavileño» (1952, n.º 15).

Vistas en esta perspectiva, no resulta difícil comprender las quejas de María de Zayas contra la ausencia de virtudes castrenses de los caballeros dados al lujo. Los ataques contra las mujeres y su reputación son

«todos efectos de la ociosidad, en que gastéis el tiempo en ofensa de Dios y de vuestra nobleza. ¡Que esto hagan pechos españoles! ¡Que esto sufran ánimos castellanos! Bien dice un héroe bien entendido que los franceses os han hurtado el valor, y vosotros a ellos, los trajes» (II, 456).

Hay en las novelas de la segunda parte buen número de alusiones a las decadentes costumbres de la época. En una digresión en *La más infame venganza*, María de Zayas lamenta el hecho de que pocas mujeres, después de haber sido engañadas, se venguen de sus seductores. Al contrario, es tal la decadencia que:

«hay tantas mujeres de tan común estilo, que la venganza que toman es, si las engaña uno, engañarse ellas con otro... ¡O que mal tiempo, que alcanzamos, donde tienen por venganza la deshonestidad y el vicio: cuanto más acierto fuera, que a la que le faltan manos para vengarse, dejara al Cielo su causa, que él volverá por ella!» (II, 90).<sup>13</sup>

Las mujeres tienen sobrado motivo para quejarse de los hombres e incluso para vengarse de ellos. Semejantes ideas se repiten al principio de *Tarde llega el desengaño* (II, 175): la desengañadora tiene dificultad en desempeñar su cargo en tiempos en que todos los hombres, igual que las mujeres, viven de engaños. Y luego, al principio de *Amar sólo por vencer*, leemos:

«quien ha de decir verdades ha de estar resuelto de irse del mundo» (210), porque lo único que le espera a uno son «odios y rencillas» (212). Más adelante, en *La perseguida triunfante*, nos encontramos con doña Estefanía que tiene poca confianza en su habilidad de desengañar,

«porque son por imposibles tan apetecidos nuestros engaños, que mientras más los rumian y golosean, más se enredan en ellos» (339).

B. 1) *Los hombres*. — En varias ocasiones, María de Zayas acepta la idea de que hay hombres buenos. En *Tarde llega el desengaño* dice:

«aunque miro en Carlos y D. Pedro dos amigos bien crueles, no me puedo persuadir a que todos los hombres sean de una misma manera; pues juzgo que ni los hombres deben ser culpados en todo, ni las mujeres tampoco» (176).

En efecto, nos pinta a varios hombres simpáticos, cuyo amor no sólo consiste en el apetito sexual.<sup>14</sup> Sin embargo, sus características más prominentes son las cuatro siguientes:

13. Véase también II, 108 y 455-456.

14. Véanse: I, 144-145 (don Marcos); I, 289 (don Sancho); I, 294 ss. (don García); I, 419 (don Carlos); II, 50 (don Luis); II, 193 (don Jaime); II, 250 (don Enrique); II, 259 (el marido de la «desengañadora» doña Luisa, que fue ejemplar; ella sólo cuenta su Desengaño para satisfacer el deseo de la anfitriona Lisis).

a) Los hombres son crueles:

«En cuanto a la crueldad, no hay duda de que está asentada en el corazón del hombre» (II, 109).

El demostrarlo es el fin de varias de las novelas de la segunda parte y no falta el comentario.<sup>15</sup> Al fin y al cabo, hasta los caballeros convidados están de acuerdo en que

«hay hombres que con sus crueldades y engaños, condenándose a sí disculpan a las mujeres» (II, 292-293).<sup>16</sup>

b) Los hombres son engañadores: María de Zayas repite la queja en varias ocasiones,<sup>17</sup> como por ejemplo en el caso de don Manuel que reprocha a Isabel el haber dado crédito a sus promesas:

«como estas damos los hombres por alcanzar lo que deseamos, pudieran ya las mujeres tener conocida esta treta, y no dejarse engañar, pues les avisan tantas escarmentadas» (II, 60).

c) Los hombres son mudables y pérfidos.<sup>18</sup> En *El verdugo de su esposa* las experiencias de Rosaleta nos muestran claramente que la inocencia de la mujer no tiene defensa contra

«los crueles y endurecidos corazones de los hombres..., pues en ellos no es durable la voluntad y por esto cansan de las propias mujeres» (167).

El apetito del hombre es pasajero. Así, el príncipe en *Mal presagio casar lejos*,

«como ya estaba en posesión, se iba cansando de los gustos que en esperanza le habían agradado» (II, 272).<sup>19</sup>

d) De continuo los hombres hablan mal de las mujeres. Esta característica la dejo sin ilustrar ya que volveré a ella más adelante.

Es éste pues el retrato del hombre que nos da María de Zayas. Conviene empero tener presente que admite que, como la mujer mala es una «bestia fiera»,

«así el hombre cuerdo, bien intencionado y que sabe en los mismos vicios aprovecharse de la virtud y nobleza a que está obligado, no será comprendido en mi reprehensión» (II, 10).

Sin embargo, no cabe duda de que los hombres, en general, son responsables de la conducta de las mujeres. Dice Isabel, dirigiéndose a los hombres:

«ya lo tengo conocido a costa mía, que no lleváis otro designio sino perseguir nuestra inocencia, debilitar nuestro entendimiento, derribar nuestra fortaleza, y haciéndonos viles y comunes, alejaros con el imperio de la inmortal fama» (II, 27).<sup>20</sup>

15. Por ej., II, 139, 208 y 333.

16. Véase también II, 330.

17. I, 71, 106-107 y 237; II, 16, 27, 34, 69, 108, 143-145, 211, 266 y 296.

18. I, 230; II, 108, 245-246 y 272-273.

19. Cf. I, 100, y II, 82.

20. Cf. II, 90, 110, 144, 145, 253-256.

2) *Las mujeres*. — La señorita Sylvania nos dice que doña María,

«seizes every opportunity to defend her own sex, admitting no inferiority nor inequality».<sup>21</sup>

No es de extrañar que ella nos presente a las mujeres bajo un aspecto más favorable que a los hombres. Sin embargo, el retrato que nos pinta dista de ser una idealización de la mujer. Verdad es que nos dice que

«a la mujer falsa, inconstante, liviana y sin reputación no se le ha de dar nombre de mujer, sino de bestia fiera» (II, 10).

Pero esto no quita el hecho de que el número de mujeres malas introducidas en sus novelas sea considerable. En la primera parte hay seis de las ocho novelas románticas (los números 1, 2, 5, 6, 9 y 10) en que «la otra mujer» es la causa principal o secundaria de las desgracias de la heroína, mientras en *Al fin se paga todo*, la misma heroína debe su infortunio a su pasión ciega e irracional. En este aspecto la segunda parte apenas le va en zaga.<sup>22</sup> Al final admite Zayas

«que en alguna parte [los hombres] tienen razón, que hay hoy más mujeres viciosas y perdidas que ha habido jamás; más no que falten tan buenas que no excedan el número de las malas» (II, 454).

El papel desempeñado por la cuñada de doña Inés en *La inocencia castigada*, por ejemplo, se subraya

«a la que más culpaban era a la cuñada, pues ella, como mujer, pudiera ser más piadosa» (II, 139).

Mucho viene al caso el comentario de Pfandl sobre la idea que tiene la señorita Sylvania de Zayas como feminista:

«no debe olvidarse en el entusiasmo de una tesis preconcebida, que la misma Zayas... introduce una serie de figuras que ponen en duda la formalidad de sus teorías».<sup>23</sup>

Resumiendo las ideas de Zayas sobre la mujer, se puede decir que, según ella,

a) potencialmente los hombres y las mujeres son iguales:

«aunque las mujeres no son Homeros con basquiñas y enaguas y Virgilio con moños, por lo menos tienen el alma y las potencias y los sentidos como los hombres. No quiero decir el entendimiento, que aunque muchas pudieran competir en él con ellos, fáltales el arte de que ellos se valen en los estudios, y

21. LENA E. V. SYLVANIA, *Doña María de Zayas y Sotomayor: A contribution to the study of her works* (Columbia University Press, New York 1922), 12.

22. En especial, el papel desempeñado por la cuñada de doña Inés en la novela 3.<sup>a</sup> — véase la pág. 139 —, y también los de Angelina (novela 4.<sup>a</sup>), la negra (5.<sup>a</sup>), la tía (6.<sup>a</sup>), Clavela (8.<sup>a</sup>) y la criada (10.<sup>a</sup>).

23. L. PFANDL, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, trad. de J. RUBIÓ I BALAGUER (Barcelona 1933), 334.

como lo que hacen no es más que una natural, fuerza es que no salga tan acendrado» (II, 104);<sup>24</sup>

b) si esto no es el caso en la realidad, hay que buscar la causa en que los hombres impiden a las mujeres el empleo de su potencial, tratándolas

«como si fuéramos hechas de otra pasta» (II, 27)

y privándolas

«de las letras y las armas, como hacen los moros a los cristianos que han de servir donde hay mujeres, que los hacen eunucos por estar seguros de ellos» (II, 178);<sup>25</sup>

c) pero de hecho la mujer es débil y resulta fácil engañarla:

«tal es la flaqueza en que las mujeres somos criadas, pues no se puede fiar de nuestro valor nada, porque tenemos ojos que, a nacer ciegas, menos sucesos hubiera visto el mundo que al fin viviéramos seguras de engaños (I, 44).<sup>26</sup>

Para la misma Zayas, algunas de sus protagonistas van unidas al concepto de facilidad:

«Rindióse Octavia; oh mujer fácil!» (II, 78).

Aunque al final de *La esclava de su amante* se habla más de cómo engañan los hombres a las mujeres que de lo fácil que es, antes leemos esto:

«Ay mujeres fáciles, y si supiésedes... a lo que os ponéis el día que os dejáis rendir a las falsas caricias de los hombres» (II, 21).

Otra vez, en la misma novela, Isabel se descarga:

«¡Ay, engañoso amante...! Y, ay, mujeres fáciles y mal aconsejadas...» (II, 27).

Cuando Isabel relata cómo su familia fue castigada, la explicación es simple:

«De todo esto fue causa mi facilidad» (II, 46).<sup>27</sup>

d) Las mujeres no sólo son fáciles, sino también esclavas de la pasión.<sup>28</sup> Tanto se dejan conducir por ella, que hasta llegan a obrar contra la misma religión y practicar la magia negra.<sup>29</sup> El amor, tanto para el hombre como

24. Cf. I, 22; II, 211.

25. Cf. I, 22 y 241; II, 213.

26. Cf. II, 27 y 297.

27. Cf. II, 453-454.

28. Cf., por ejemplo, I, 230-231: «Sintió Nise con grandísimo extremo ver casado a don Diego, mas al fin era mujer, y con amor que siempre olvidan agravios, aunque sea a costa de su opinión. Procuró gozar de don Diego, ya que no como marido, a lo menos como amante, pareciéndole no poder vivir sin él».

29. *Aventurarse perdiendo*, I, 63, y *La fuerza del amor*, I, 241-245 y 261. Resulta difícil aceptar el punto de vista de SYLVANIA (*op cit.*, 15): «In all her literary work, doña María reveals herself as an ardent Christian, to whom a religious life represents the perfect state. In her novels, after passing through the trials and tribulations of this world, it is not unusual to find the heroine entering a convent in order to escape the persecution

para la mujer, es visto por María Zayas como una fuerza elemental que tiene un impacto físico muy directo. Jacinta, a la vuelta de don Félix (I, 63-4) queda desmayada por tres días y cuando él se marcha al África del Norte, ella permanece enferma durante tres meses. Después de la muerte de Félix, Jacinta, al enamorarse de Celio, recupera la salud.<sup>30</sup>

Esta pasión ciega a sus víctimas de tal manera que no ven los obstáculos que forman el impedimento de su satisfacción, ni se dan cuenta del carácter malicioso del amado por evidente que sea.<sup>31</sup> Por lo general, la pasión se enciende en un momento, sin que los dos amantes hayan tenido ocasión de conocerse, como le sucedió a Hipólita:

«él me robó la voluntad, la opinión y el sosiego, pues ya para mí acabó en una hora. Era su gallardía, entendimiento y donaire tanto...» (I, 299).

C) *Desestimación de la mujer.* — Aunque los hombres hacen mal en seducir a las mujeres, en la opinión de Zayas no es éste el pecado principal. Lo que destaca más en los comentarios de la segunda parte es el hablar mal de las mujeres. Nos dice que, al organizar la segunda serie de Saraos,

«fue la pretensión de Lisis en esto volver por la fama de las mujeres (tan prostrada y abatida por su mal juicio, que apenas hay quien hable bien de ellas)» (II, 10).

En efecto, la intención del primer desengaño es, según doña Isabel,

«para que las damas se avisen de los engaños y cautelas de los hombres, para que vuelvan por su fama en tiempo que la tienen tan perdida» (II, 16).

Zayas se queja de que todos los autores están en contra de la mujer:

«es género de pasión o tema [de] los divinos entendimientos que escriben libros y componen comedias, alcanzándolo todo en seguir la opinión del vulgacho, que en común da la culpa de todos los malos sucesos a las mujeres».<sup>32</sup>

Aunque Zayas admite que el número de mujeres fáciles que hay justifica hasta cierto punto esta conducta de los hombres,<sup>33</sup> dice en varias ocasiones que la costumbre de hablar mal de las mujeres es peor que la de engañarlas, seducirlas y abandonarlas:

and illtreatment of man. There, at last, she finds true happiness and peace, and is content to remain in the shelter of the church for the remainder of her life». Quizás es más apropiada la confesión de AMEZÚA que «las personas de las novelas no parecen hombres y mujeres cristianos, y así, alguna de sus novelas son como una pasajera evasión al paganismo (Pról., I, pág. XXI), lo que en sí mismo ya parece contradecir la afirmación que doña María fue una mujer muy religiosa (I, pág. XVIII). Cf. BOURLAND, *op. cit.*, 33: «Although 'el recato', modesty and discretion of demeanour, is the characteristic most admired in the young woman of the time, her most striking trait as she is represented in the short stories is her intensity and rashness in love».

30. Cf. I, 54; II, 89, 149, 238-243 y 449.

31. Como en el caso de Octavia, «temerosa... de algún engaño, conociendo que era imposible, si el amor le obligaba, por ser Carlos tan rico» (II, 74).

32. Cf. II, 144 y 454.

33. II, 108 y 453-454.

«digo que no le está a un hombre tan mal obrar mal como hablar mal: que hay cosas que son mejores para hechas que para dichas»,

y aconseja a los hombres:

«Decid bien de ellas y ya os perdonaremos el mal que hacéis. Esto es lo que os pido».<sup>34</sup>

El estar preocupado constantemente por la fama tiene su origen en el concepto de honor como

«el juicio que del valor del hombre forman los demás»,

como lo pone Castro.<sup>35</sup> Este concepto conduce por fuerza a la preocupación que se tiene por el «¿qué dirá la gente?» y, en este caso, las mujeres en general. Este aspecto de las ideas de Zayas quizá destaca más en *La esclava de su amante*, en que doña Isabel, habiendo perdido su virginidad, busca la restitución de su honor para recobrar la «perdida opinión». Esto no tiene nada que ver con sus ilusiones amorosas. Cuando se le pregunta a Luis qué fortuna le ha llevado a Italia, contesta:

«La misma que a ti, señora mía: querer bien y ser mal correspondido.»

Y aunque Isabel le asegura

«más me fío de ti que de él» (II, 50),

la respuesta es:

«No trates de eso, que es perderme para siempre: que aunque don Manuel es falso y traidor, está mi vida en la suya; fuera de que yo trato de cobrar mi perdida opinión y con su muerte no se granjea sino la mía» (II, 51).

No obstante, sigue empeñándose hasta que por fuerza se da cuenta de que don Manuel no se casará con ella y concede a don Luis que la vengue. En *La burlada Aminta* se trata un tema semejante, o sea que el desenlace es feliz, ya que Aminta recompensa al fiel don Martín.<sup>36</sup>

Por más que Zayas critique las crueldades a que el concepto del honor conduce a los hombres,<sup>37</sup> acepta las normas de este código. Afirma que la mujer herida debe vengarse:

«Porque, bárbara, si tu amante o marido te agravia ¿no ves que en hacer tú lo mismo te agravias a ti misma y das motivo que si es marido te quite la vida

34. II, 109 y 257. Cf. también II, 297.

35. AMÉRICO CASTRO, *Algunas observaciones acerca del concepto del honor*, RFE, III (1916), 1-50 y 357-386; especialmente págs. 20-21, 23, 25, 27 y 43, y también págs. 357-365 (Cervantes) y 368-374, 377-378, para el concepto del honor como mérito personal.

36. I, 106-108: «pues con la muerte de sólo una mujer, se restauran las honras de tantos hombres». Cf. también I, 81.

37. Cf. *El traidor contra su sangre y Amar sólo por vencer*.

y si es amante diga mal de ti? No seas liviana y si lo fuiste, mata a quien te lo hizo serlo, y no mates tu honra» (II, 108).<sup>38</sup>

Parece que Zayas da la misma importancia a ambos castigos.

Tal concepto de honor parece haber estado fuera de las realidades de la vida social de aquellos tiempos. Si la caracterización de los Don Juanes madrileños del siglo XVII que nos da Marañón es correcta, sus actividades deben de haber ofendido gravemente la susceptibilidad de una mujer tal como Zayas:

«rasgo propio del instinto donjuanesco es la ostentación escandalosa y deliberada de sus éxitos amorosos, la exageración de éstos e incluso su invención... Don Juan cuenta en la plaza pública sus conquistas, a quien le quiera escuchar».<sup>39</sup>

Podemos comparar esta exposición de Marañón con la condenación de Zayas:

«por lo que no tienen [disculpa] los hombres, es por el hablar licenciosamente de ellas, pues les baste su delito, sin que ellos se le saquen a plaza» (II, 108).

Cuando se tiene presente el desenfreno moral de la época, la idea de que el concepto del honor depende de la opinión de los demás, y la importancia dada a ella, no resulta difícil comprender la desilusión de Zayas.<sup>40</sup> Igualmente explica la frecuencia con que la idea del sino se invoca para interpretar la caída de sus heroínas.<sup>41</sup> Como el honor depende de factores externos, virtud y constancia solas no bastan para salvar a la heroína de su destino desgraciado. De lo cual María de Zayas saca como moral: ¿qué deben temer las culpables al ver padecer tanto a las inocentes?

Hay momentos en que Zayas parece preocuparse más por la reputación intacta que por la moralidad impecable. Reprocha a las mujeres de categoría cuando olvidan sus obligaciones para entregarse a sus apetitos:

«pues ya que su mala estrella les inclina a esas travesuras, tuvieran más disculpa si se valieran del recato» (II, 453).

Y otra vez dice:

«ya que las personas no sean castas, es gran virtud ser cautas, que en lo que más pierden las de nuestra nación, tanto hombres como mujeres, es en la ostentación que hacen de los vicios» (II, 414).

38. Y al final de la misma novela, pág. 138. El tema entra también en *La burlada Aminta, La fuerza del amor y La esclava de su amante*.

39. Cf. MARAÑÓN, *Op. cit.*, 80, y también las págs. 97-102 para el predominio del donjuanismo en el Madrid del siglo XVII.

40. Cf. A. GARCÍA VALDECASAS, *El Hidalgo y el Honor* (Madrid 1948), 182: «El honor femenino es el centro de la gravedad, el cimiento de la cohesión social. En el honor de la mujer descansa la comunidad de la familia, la de las casas y linajes, la del cuerpo político entero».

41. I, 37 y 241; II, 157, 176 y 318.

Sus ideas para mejorar la situación de la mujer en sus días cuadran muy bien con su idea de que el honor debe ser la pauta para la vida social. Dejando aparte algunas referencias a las ventajas que la mujer podría sacar de mejor enseñanza,<sup>42</sup> nos ofrece sólo dos sugerencias. Una es que la mujer debe vengarse cuando se ve afrentada:

«yo aseguro que si todas vengaran las ofensas que reciben... no hubiera tantas burladas y ofendidas» (II, 89-90).<sup>43</sup>

Pero es esto precisamente lo que las mujeres no hacen. La otra sugerencia depende de un cambio en el corazón del hombre. Si, tal como es la situación, los hombres tienen la culpa de la creciente inmoralidad de la mujer, de igual modo pueden, si lo quieren, ejercer influencia en beneficio de ella. Después de haber aconsejado a los hombres que busquen a las mujeres buenas y dejen a las malas, dice:

«así en lugar de desengañar quisiera aconsejar y pedirles, que aunque sean malas no las ultrajen, y podrá ser, que así las hagan buenas... De suerte que honrando y alabando a las Damas, restauran la opinión perdida» (II, 109).<sup>44</sup>

Las mujeres no empezarán a conducirse mal si no fuera por la inconstancia de sus maridos, que las acostumbran a «las caricias de su esposo» para luego dejarlas «muriendo a puras necesidades de él [el agasajo]». Ésta es una equivocación muy grande:

«¡qué confiados son hoy los hombres, pues no temen que lo que una mujer desesperada hará no lo hará el demonio! Piensan que por velarlas y celarlas se libran y las apartan de travesuras, y se engañan. Quiéranlas, acarícienlas y denlas lo que les falta, y no las guarden ni celen, que ellas se guardarán y celarán, cuando no sea de virtud, de obligación» (II, 110-111).

Como la decadencia del ideal del Caballero es la causa principal no solamente de las desgracias de las mujeres, sino también de las de España, los hombres pueden, de la misma manera, restaurar todo el tono de la sociedad y salvar a España de los grandes peligros que la amenazan:

«De qué pensáis que procede el poco ánimo que hoy todos tenéis, que sufrís que estén los enemigos dentro de España, y nuestro rey en campaña y vosotros en el Prado y en el río, llenos de galas y trajes femeniles... De la poca estimación que hacéis a las mujeres» (II, 455).

Zayas les aconseja:

«estimad y honrad a las mujeres: y veréis cómo resucita en vosotros el valor perdido» (II, 456).

Y como el caballero es el que da el tono a la sociedad,

«si los plebeyos os vieran a vosotros con valor para defendernos, a vuestra imitación lo hicieran todos» (II, 455).

42. Cf. I, 21-22; II, 176-178.

43. Véase la nota 39.

44. Cf. II, 145.

Pero el hecho es que

«los nobles, los honrados y virtuosos, se dejan ya llevar de la común voz, sin que obre en ellos ni la nobleza de que el cielo los dotó, ni las virtudes de que ellos se pueden dotar, ni de las ciencias que siempre están estudiando» (II, 454).

Así, el final de la segunda parte sugiere que Zayas tenía más confianza en el retiro a un convento que en cualquier tentativa de mejorar la situación. Destacan la falta de verdadero contacto humano en los matrimonios españoles de la época y la falta de contenido ético en un concepto social, el del honor, que se había convertido en mera fórmula. Por la importancia que da a este concepto Zayas, se ve claramente que no es una precursora de las ideas actuales sobre la igualdad de los sexos. Frente a la desigualdad social tan aparente en sus días, ella, como mujer, desafía en varias ocasiones la justificación de tal estado de cosas, pero su idea fundamental es más bien retrospectiva que una visión de la evolución hacia el reconocimiento de esta igualdad.

#### IV

##### LA MUJER VISTA POR ALGUNOS CONTEMPORÁNEOS DE MARÍA DE ZAYAS

Por fin, teniendo presente esta convicción de María de Zayas de que en sus tiempos sólo se hablaba mal de la mujer, valdrá la pena examinar las opiniones de algunos contemporáneos suyos, autores de primera y segunda categoría, ya sean dramaturgos, ya novelistas.

A) *Los dramaturgos*. — La sociedad, tal como nos la pinta el teatro, está dominada por el hombre. En la mayoría de las comedias de honor, las mujeres son poco más que títeres: los hombres mandan. Sin embargo, Barbara Matulka ha comprobado que el argumento feminista sale a menudo en la comedia del Siglo de Oro, y que prevalecen aquellas en que la protagonista representa

«the man-hating beauty who militantly sets out to avenge women's wrongs»,

o en que se desarrolla

«the theme of a lady who, abandoned by her lover, goes in search of him disguised as a man, and by her ingenious machinations wins him back»,<sup>45</sup>

o comedias en que la protagonista está celosa de su propia libertad y, aunque menos agresiva, se vuelve rebelde cuando la ve en peligro.<sup>46</sup> De esta manera,

«throughout the Siglo de Oro there was set upon the stage a stern champion of woman, unrelenting in her enmity to men — an absolute feminist and defender of the cause of her sex, who revolts against the superiority and social advantages of men, and demands equal rights for her sisters... So staunchly

45. B. MATULKA, *The feminist theme in the Drama of the Siglo de Oro*, RR (1935), 191-231 esp. pág. 192. Véase también la introducción de AMÉRICO CASTRO, CC, vol. II, págs. LIX-LX.

46. MATULKA, *Op. cit.*, 216 ss.

does she defend her sex, and so tragically does she lament its subjection, that her features are sometimes exaggerated to the point of absurdity. She becomes... a rigid, wooden mannequin with one single function: a hater of men and a fierce avenger of her wronged sisters».47

Aunque en algunas comedias, como por ejemplo *Sin honra no hay amistad*, de Rojas Zorrilla,

«the man-hating character of the heroine remains throughout the centre of the action»,48

casi siempre la dama feminista de la comedia cede a los encantos del amor. A pesar de ello, el tema feminista ocupa continuamente la escena. Concluye Matulka:

«Whereas the problem of feminism is strongly posed in the comedia, and the questions of the subjection of woman to man, the double standard of morality, woman's right to learning and to hold office, are violently affirmed by the champions of women — the solution is generally antifeministic, and relegates women to their domestic duties... To the "Siglo de Oro" dramatist, however, there was no real antagonism between the sexes, for Love, the universal master, united them in happy harmony».49

Algunos de los argumentos de Zayas se encuentran en estas comedias: la queja de que los hombres tienen el monopolio de la enseñanza;50 la aparición en la escena de mujeres sabias;51 la queja de que la mujer siempre es reprendida en la literatura;52 la de que todo hombre, después de haber gozado a su dama, la engaña y la deja.53 Sin embargo, es grande la diferencia de tono entre las comedias y la batalla entre los dos sexos de las novelas de Zayas.

El dramaturgo que nos presenta protagonistas llenas de vida y vigor es Tirso de Molina.54 En muchas de sus comedias salen mujeres vestidas de hombre, y en alguna de ellas, como en *Antonia García*, nos presenta un tipo de mujer demasiado masculino y agresivo para que le podamos tener simpatía. Es evidente que nunca fue la intención de Tirso que una mujer como Jezabel en *La mujer que manda en casa*, por hábil que sea, mereciera el asentimiento general. En algunos de sus dramas históricos, sin embargo, nos presenta mu-

47. MATULKA, *Op. cit.*, 193.

48. MATULKA, *Op. cit.*, 203.

49. MATULKA, *Op. cit.*, 230-231.

50. MATULKA, *Op. cit.*, 196.

51. MATULKA, *Op. cit.*, 213-214. Notemos también la aparición de la mujer sabia en las novelas de aquella época, como, por ejemplo, la protagonista en los *Alivios de Casandra*, de CASTILLO SOLÓRZANO (véase P. N. DUNN, *Castillo Solórzano and the Decline of the Spanish Novel* (Oxford, Blackwell, 1952), 19. B. BOURLAND (*Short Story*) la señala en las obras de Montalbán y Andrés de Prado (pág. 32) y sobre todo Floriana en *El Desdén del Alameda de CÉSPEDES Y MENESES*: «the most highly educated girl in the novelas» (pág. 107).

52. MATULKA, *Op. cit.*, 195.

53. MATULKA, *Op. cit.*, 200-202.

54. En la BAE, V (*Obras Escogidas de Tirso de Molina*) dice su editor, A. DURÁN, en la pág. XIV: «En las heroicas como en las de intriga o costumbres está toda la energía de parte de las mujeres».

eres dignas de toda admiración que desempeñan cargos importantísimos. Pensamos en Irena, emperatriz de Constantinopla, en *La República al revés*, que, después de la rebelión y guerra civil, vuelve a subir al trono, aclamada por todo el pueblo, y en la reina viuda María en *La Prudencia en la mujer*. De regente para su hijo, amenazada por una guerra civil y tres facciones en oposición, logra mantenerse y salvar el trono. También Dorotea, la esposa del hombre santo en *Santo y Sastre* es una mujer simpática, aunque sea de índole más bien doméstica.

B) *Los prosistas*. — Dos de los más grandes prosistas de la época, Mateo Alemán y Quevedo, han entrado en la historia como misóginos. Sin embargo, estudios recientes nos previenen contra tal generalización. P. W. Bomli, en 1950, todavía aceptó a Quevedo como misógino,<sup>55</sup> pero opina O. H. Green:

«It is not true that Quevedo 'flagelle sans cesse les femmes'. A reading of his entire works (including the 'Epistolario') will show that his disparaging remarks on the female sex are to be understood in the light of almost identically-worded texts on the male sex; that Quevedo held that 'todas las potencias que se sujetan en el alma son comunes a todos los individuos de esta especie hombre; que Dios sólo en los cuerpos, dotes y oficios los diferenció'; and that on the whole Quevedo's conviction was that woman's physiological restrictions place upon her a natural disadvantage which she can overcome by the exercise of heroic qualities, as Portia, the wife of Brutus, did».<sup>56</sup>

Green nos muestra que Quevedo estaba convencido de la igualdad esencial de los sexos; que su visión del matrimonio era la de una relación fundada en el amor, siendo la verdadera correspondencia entre hombre y mujer; que creía firmemente en la igualdad de alma de ambos sexos.<sup>57</sup>

Por cierto, en *La hora de todos*, la portavoz del escuadrón de mujeres nos cuenta sin rodeos cuáles son las desventajas artificiales que las mujeres tienen que sufrir, denunciando la moralidad hipócrita que tanto las perjudica. El tono de las denuncias de Zayas no supera la agudeza de Quevedo:

«Tiranos, ¿por cuál razón... habéis hecho vosotros solos las leyes contra ellas, sin su consentimiento, a vuestro albedrío? Vosotros nos priváis de los estudios ... de las armas ... El adulterio en nosotras es delito de muerte, y en vosotros, entretenimiento de la vida ... Hoy es día en que se ha de enmendar esto, o en darnos parte en los estudios y puestos de gobierno, o con oírnos y desagaviarnos de las leyes establecidas, instituyendo algunas en nuestro favor y derogando otras que nos son perjudiciales».

La pomposa y sofística respuesta es sin duda una sátira contra los que se niegan a reconocer la igualdad natural de los sexos:

55. P. W. BOMLI, *La femme dans l'Espagne du siècle d'or* ('s-Gravenhage 1950), 163 y 182.

56. HR, XX (1952), 257.

57. O. H. GREEN, *Courtly Love in Quevedo* (University of Colorado Press, Boulder, Colorado, 1952), 18, 19-23 y 81.

«¿Qué armas se pondrán ... en vuestras manos, si con una manzana descalabrastes toda la generación de Adán?»<sup>58</sup>

Nadie dirá que Mateo Alemán nos pinta el amor humano de color de rosa. Sin embargo, Moreno Báez dice

«su actitud frente a las mujeres está determinada por su actitud frente al conjunto de la raza humana, y no es más duro al referirse a ellas que lo es cuando nos habla de los hombres».<sup>59</sup>

Pero hay que reconocer que opiniones en favor de la mujer tales como pueden encontrarse en las obras de Quevedo faltan casi por completo en las de Mateo Alemán. Sólo habla de:

«“el buen matrimonio de paz donde hay amor igual y conforme condición... [que] es una gloria, es gozar en la tierra del cielo”... Pero cuando queremos que nos diga algo de las circunstancias que deben reunir estos matrimonios, se limita a pedir que lo pongamos en manos de Dios».<sup>60</sup>

En asuntos de amor este pesimismo fundamental se origina de su concepto del amor como una cosa irracional y su opinión de que hay que recelar de él como de todos los instintos humanos.<sup>61</sup>

Ha argüido Américo Castro que Cervantes tenía una serie de «verdaderas tesis de combate, entre ellas, ninguna de importancia mayor que la libertad amorosa».<sup>62</sup> Es decir, que Cervantes era de opinión de que la mujer tenía el mismo derecho a elegir su compañero que el hombre.

«Ni un solo momento olvida Cervantes ese dogma del amor libremente correspondido: sus mujeres están protegidas por los más violentos rasgos de su pluma contra quienes se empeñan en forzarles la voluntad. El obstinado parece en la demanda; y lo mismo acaece a quien, usando la fuerza de la autoridad paterna, logra realizar un casamiento desacorde».<sup>63</sup>

Opina Cervantes que

«el comer y el casar han de ser a gusto propio».<sup>64</sup>

Habla Castro de la «doble visión» de Cervantes en cuanto a las mujeres:

«Cervantes ha creado tipos adorables de mujer ... pero ha emitido opiniones muy desfavorables sobre su carácter ... Fuera del campo de la sublimación artística, parece como si no estimara mucho a la mujer al analizarla críticamente.

58. QUEVEDO, ed. CC, vol. 34, págs. 255-257.

59. E. MORENO BÁEZ, *Lección y sentido de Guzmán de Alfarache* (Madrid 1948), 155. El hecho de que los críticos no compartan la opinión de que el *Guzmán* sería un tratado católico, no afecta a sus conclusiones sobre este punto.

60. MORENO BÁEZ, *Op. cit.*, 161.

61. MORENO BÁEZ, *Op. cit.*, 156-157.

62. AMÉRICO CASTRO, *El pensamiento de Cervantes* (Madrid 1925), 117.

63. CASTRO, *Op. cit.*, 129.

64. CASTRO, *Op. cit.*, 133. El tema está elaborado en las págs. 134 y 135. Recordemos, a este respecto, el final de *El Amante Liberal*, que representa otro reconocimiento de la libre voluntad.

Como no pueden oponerse a estas apreciaciones otras contrarias, se impone la conclusión de que Cervantes tenía no muy buena la opinión de la mujer; para lograr tipos femeninos deliciosos y encantadores tenía que forjarlos mediante el arte, y ponerlos fuera del alcance de la crítica. Y entonces se convertirá en ardiente paladín de sus derechos». <sup>65</sup>

Cuando Cervantes llega a considerar la debilidad de la mujer, no se la echa por completo en mala parte. Nota Castro que, en *El Curioso impertinente*, Cervantes

«hace ver que un elemento esencial para la virtud femenina es la atmósfera que la cerca, uno de cuyos esenciales componentes es la conducta del esposo. Obsérvense que en los adulterios que Cervantes presenta en sus obras, los maridos llevan el peso principal de la responsabilidad».

Y cita como otros ejemplos *El Celoso Extremeño* y el polaco en *Persiles*. <sup>66</sup> Es ésta una idea que cuadra muy bien con la exposición de Zayas: si una mujer se vuelve mala, el hombre es responsable. <sup>67</sup>

A este respecto, no son sólo los autores de primera categoría los que nos interesan. Hay algunos, poco conocidos, pero no menos interesantes, que merecen nuestra atención, dejando aparte el *Memorial en defensa de las mujeres de España* de Arias Gonzalo (1636) <sup>68</sup> y las *Tragedias de amor* de Juan Arce Solórzano (Madrid, 1604), que no he podido consultar, en que, según C. Bourland, el autor

«represents the pseudo shepherd as telling to the misogynist Marcelo the novela of Isabela, the daughter of the King of Scotland, a "strange and ancient" tale in defense of women». <sup>69</sup>

Obra de gran interés es la *Historia exemplar de las dos constantes mujeres españolas*, por Luis Pacheco de Narváez. <sup>70</sup>

Esta novela, escrita por el maestro de armas de Felipe IV, fue encargada, según la introducción, por algunas damas de la corte, que se quejaban de la falta de observancia de

65. CASTRO, *Op. cit.*, 126, nota 1.

66. CASTRO, *Op. cit.*, 125. Cf. LOPE DE VEGA, en *El Castigo sin Venganza*: «... con marido bueno | ¿cuándo se vió mujer mala?» (citado por CASTRO, *RFE*, III, 28-29).

67. Segunda parte, por ej., págs. 90, 144-145, 110-111, y sobre todo 254: «Vosotros hacéis a las mujeres malas, y os ponéis a mil riesgos por que sean malas, y luego publicáis que son malas, y no miráis que si las quitáis el ser buenas, ¿cómo queréis que lo sean?».

68. Obra mencionada por AMEZÚA, en su prólogo a la primera parte, pág. XXII: ARIAS GONZALO, *Memorial en defensa de las mujeres de España y de los vestidos y adornos que usan* (Lisboa 1636).

69. C. BURLAND, *Short Story*, 4. Esto suena a una versión posterior de *Grisel y Mirabella*, hija del rey de Escocia, por Juan de Flores, descrita por BARBARA MATULKA (*The Novels of Juan de Flores and their European Diffusion*, New York 1931), como: «a tragic story in indication of woman and in defense of her rights» (págs. XII), «a plea against an unjustifiable oppression, a lasting injustice which frequently crushed the loves and the lives of even the most admirable and loveable among women ... [who] were brought to grief and even led to suicide or death by man-made law and social prejudice» (pág. 45).

«Tan justas, como loables leyes, y dignas de ser observadas, son las de la urbanidad, decoro y respecto que en común se les debe tener a las principales mugeres, y la veneración con que se ha de hablar de las que en superior hyerarquía están colocadas.»

Repite la queja de Zayas de que se habla mal de la mujer, diciendo que sería mucho mejor seguir el ejemplo de

«los Autores Clásicos en los Elogios que hicieron de aquéllas, poniéndolas por exemplar, para que otras gloriosamente las imitasen».

El argumento es muy complicado. Empieza la novela con la violación de Clavela por Alexandro. Clavela, la virtud personificada,<sup>71</sup> es inocente por completo. Cuando su marido, Marcelino, descubre el «adulterio», Clavela, temiendo su venganza, huye con Alexandro.<sup>72</sup> Marcelino les sigue en busca de venganza. Por casualidad se encuentra con Laureana, esposa de Alexandro. Después de haberla violado, le obliga a acompañarle.<sup>73</sup> El resultado de estas actividades es que Laureana da a luz una hija, cuyo padre es Marcelino, y Clavela a un hijo, cuyo padre es Alexandro.<sup>74</sup>

Leemos las pruebas a que estas pobres e inocentes mujeres son sometidas y admiramos su valor y resistencia. En una de sus peregrinaciones Clavela tiene que defenderse contra Alexandro,<sup>75</sup> y de un tal Federico que, habiendo logrado la detención de Alexandro mediante una trampa, le hace la corte. No teniendo éxito, trata de forzarla hasta dos veces, amenazándola con una daga.<sup>76</sup> Clavela nos es presentada como una verdadera heroína. Cuando Federico entra en su dormitorio con la intención de hacerle el amor,

«con presteza nunca vista y ánimo varonil, la [su daga] sacó, tirándole dos puñaladas, con tal coraje, que a no retirarse tan a priessa Federico, fenecieran allí su amor y temeridad» (pág. 140).

Y cuando Alexandro trata de hacer lo mismo,

«a no retirarse tan apriessa Alexandro, sin duda quedara muerto en sus manos» (162).

Mientras tanto, la otra pareja, viajando por Francia en busca de Alexandro y Clavela, es apresada por uno de los partidos de la guerra civil que arde en aquel país. Laureana tiene que valerse de todo su ingenio para eludir las pretensiones del general francés. Por fin, amenazada con ser dada a las tropas si no consiente en ser su amante, se unta las piernas con el zumo de una planta

70. La edición que citamos es la de Sevilla, 1744. La primera edición salió en Madrid, 1635.

71. Pág. 26.

72. Pág. 70: «Parecióle trance terrible el fiarse en la piedad de un hombre agraviado y noble».

73. Pág. 99.

74. Notemos el realismo de Pacheco y comparémoslo con la falta de realismo de María de Zayas a este respecto.

75. Pág. 162.

76. Págs. 140-149.

para que den la impresión de estar cubiertas de úlceras, y en efecto, le da asco al general. Le dice a su criada:

«lo que se padece es mucho, pero no con peligro» (203).

Por fin, Alexandro y Marcelino se encuentran: se batan en duelo y ambos mueren, pero no sin haber reconocido la inocencia de sus respectivas esposas. Admite Marcelino a Clavela:

«bien sé quan inculpable ha sido vuestra vida» (264).

Clavela y Laureana entran en el mismo convento y andando el tiempo sus hijos se casan.

Es de sumo interés el encontrar en esta novela, escrita por un hombre, una idea más clara de las cualidades del verdadero Caballero, un entendimiento más patente del espíritu que un día dio el tono a la sociedad española, que la que encontramos en las obras de Zayas. Cuando el general francés molesta a Laureana con sus pretensiones, ella le dice:

«si por ley de Caballero estáis obligado a defendernos de quien pretendiese hacernos injuria, también tenéis obligación a defendernos de vos mismo» (193).

Y Clavela, después de haberse defendido contra Alexandro, le dice:

«Bien os bastará esta experiencia, Sr. Alexandro, para tener entendido, como debéis proceder con una mujer de tan honradas obligaciones como las mías, a quien por desvarios vuestros, y no por culpa de mal cumplidas, se está amparando de vos que solo esto, quando no os fuera tan constante, os había de obligar a defenderme, no solo de los otros hombres ... sino de vos mismo» (165-166).<sup>77</sup>

Este concepto del caballero que obra más bien por convicción íntima que por convicción social, es muy atractivo, ya que es precisamente la convicción íntima la que, según opinión de Zayas, parece haber faltado por completo.

Pacheco igualmente critica la persistencia y exigencia que muestra el hombre al hacerle la corte a la mujer en palabras que se pueden comparar con los estallidos de Zayas a este respecto:

«¡O qué fáciles engaños padecen los amantes, que sólo tienen por último fin el torpe y sensual apetito! Qué poco acierto tienen en sus más premeditados discursos, y como en virtuosa constancia y prudente recato de las principales mujeres (que es de quien le habla mi lengua y escribe mi pluma) en su mayor resistencia, y más declarado desprecio, a lo que puede ser ofensa de su honor, suelen fundar mayores esperanzas de conseguir sus intentos, alegando por méritos y servicios el tiempo, que con públicas y escandalosas apariencias (teniendo por correspondencia, lo que es mortal odio, y aborrecimiento), paseando [*sic*] de día y rondando de noche, y con otras diligencias menos ajustadas, infaman las graves prendas de su honestidad, pretendiendo favores en recompensa de agravios» (139-140).<sup>78</sup>

77. Cf. también pág. 206.

78. Cf. ZAYAS, segunda parte, pág. 90.

Examinemos por fin dos de las novelas en *El Curial del Parnasso*, de Matías de los Reyes.<sup>79</sup> En el Aviso VIII,<sup>80</sup>

«en que se muestra cuán poderosas son las mujeres con los hombres, pues ellas solas entre todas las cosas del mundo los señorean y avasallan»,

nos muestra el autor como, si quiere, la mujer puede amargarle la vida al hombre. Por más que sea verdad que Lelio, el caballero, persiste en su amor por su dama, una viuda cuyo único deseo era vivir en paz, el hecho de que ella le ponga por condición tres años de silencio absoluto, no se presta a despertar nuestra simpatía. En efecto, el autor nos pinta en ella una mujer fría y exigente como una cualquiera.<sup>81</sup> Pero su Aviso XII,<sup>82</sup>

«muestra cuán dichoso es el hombre bien casado y por esto cuán digno de alabanza el estado del matrimonio».

La protagonista de este cuento es una de las mujeres más encantadoras y admirables que pueden encontrarse en la literatura española del siglo XVII. La hermosa Antandra no sólo defiende su honor contra su fingido seductor, sino que salva a su marido que, por injusticia, había sido condenado a muerte. En el prefacio, Matías de los Reyes nos da una exposición de los méritos del estado matrimonial y nos pinta sus ventajas de manera muy atractiva:

«La casa y las riquezas se heredan de los padres, dice la Sabiduría ... pero la buena mujer viene de la mano de Dios» (307).

Dicen que el matrimonio es un desastre, pero hay que impugnar esta opinión:

«Porque si queremos riquezas, allí las hay donde hay concordia y paz entre marido y mujer; porque si entre los tales, hay pobreza y necesidad, lo toleran con su conforme unión, y por el contrario, si comienzan a reinar entre ellos las cizañas de celos, de desamores y desprecios, las riquezas de Creso, por ellos poseídas, no llenan el vacío del gusto: son los más miserables de los mortales» (310).

En el curso de este elogio se apoya en frases más o menos hechas, tales como:

«La casa sin mujer ¿qué otra cosa es que un cuerpo sin alma, una feria sin mercaderes y una ciudad sin gente? ¿Qué es el mundo sin mujeres, sino conclusión, guerra continua, cielo sin sol?» (311).

79. MATÍAS DE LOS REYES, *El Curial del Parnasso*, primera edición, 1624. Citamos el tomo XII de la «Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas», ed. E. COTARELO Y MORI, (Madrid 1909).

80. MATÍAS DE LOS REYES, *Op. cit.*, 232, 255.

81. Cf. el Aviso IV, págs. 77-135, «en que se muestra el fruto del amor lascivo y el peligro que resulta de la comunicación con mujeres». En la introducción al Aviso VIII (pág. 232) el autor pregunta: «Pues si es así... que una mujer destruyó la inocencia de Adán, la fortaleza de Sansón, la constancia de Pedro, la santidad y sabiduría de Salomón, ¿qué hombre se atreve a entrar en campo con tan fuerte contrario? ¿En qué inocencia, en qué fortaleza, en qué constancia, en qué santidad o en qué sabiduría se fía?»

82. Págs. 307-343.

## V

## CONCLUSIONES GENERALES

Este estudio, que dista de ser completo, nos muestra dos hechos:

1) que aunque la introducción a las novelas de Pacheco tiende a sostener la queja de que se habla mal de la mujer, se pueden encontrar en la literatura del siglo XVII cuentos que la favorecen. Por cierto, el considerar a la mujer como un ser inferior no parece haber sido tan general como fue el caso en la España del siglo XVI, ni mucho menos;<sup>83</sup>

2) que en algunos de los autores citados hay indicaciones sobre el amor humano que conceden más dignidad a la mujer individualmente, y que son superiores a las que encontramos en la obra de Zayas.

Evalutando ahora la obra de Zayas en un sentido positivo, conviene reparar en alguna explicación, aunque sea parcial, de su creación novelística.

El censor de las novelas dice expresamente que no contienen nada contra la fe ni contra las buenas costumbres, y añade que hasta contienen una enseñanza ejemplar; lo mismo nos hace creer la autora en varios pasajes de la obra. Ahora bien, conviene subrayar que la moralidad del siglo XVII es más amplia que la nuestra, porque un padre de nuestros tiempos no aplicaría el *nihil obstat* a expresiones como: «si no puedes ser casta, sé cauta», expresión señalada también en el *Criticón*, de Baltasar Gracián. Las exactas fronteras de lo moral y de lo amoral del siglo XVII quedan por estudiar, y esta nota sólo sirve de aviso. Pero aún aceptando una moral más ancha y más abierta para la flaqueza humana, queda por demostrar lo que doña María de Zayas entiende bajo el nombre de *enseñanza ejemplar*. La palabra que se usa en este contexto es la de *escarmentar*, *escarmiento*, que el *Diccionario de Autoridades* explica como «advertencia, aviso, desengaño y cautela, motivada de la consideración del error, daño o perjuicio que uno en sí ha experimentado o reconocido en otros». Falta pues el intento de corregir moralmente y debemos confesar, después de una detenida lectura, que la profesada enseñanza ejemplar de doña María de Zayas no implica tampoco corrección moral, ni de parte de los protagonistas ni de los lectores. Hasta cierto punto, debemos suponer en doña María una actitud inconsecuente para con la moral, motivada por un lado por la rigurosa censura eclesiástica, y por otro por la inseguridad que todos los personajes barrocos experimentan al confrontarse con la infinita confusión del universo. En todos los casos doña María acepta la flaqueza humana, subraya la fuerza del amor loco y no sabe proponer una solución para salir de los apuros, sobre todo en cuanto al estado de la mujer.

83. JULIA FITZMAURICE-KELLY, *RHi*, especialmente, págs. 537-563. Y también su juicio (pág. 595) que «among the authors quoted, apparently Francesch Eximeniç and Vives alone see another object in marriage than procreation and material comfort».

El alegado feminismo consiste en destacar el personaje femenino, no en dar consejos para mejorar su situación. Se puede decir que doña María acepta la realidad del estado de las cosas y lo único que no perdona es el desdoro de la fama de las damas en boca de los hombres (II, 457). Éste es precisamente el desengaño más grave que pueden sufrir las mujeres: a pesar de sus buenas intenciones y a pesar de sus mejores deseos, la lectora, lo mismo que la protagonista, tiene que aceptar la tétrica suerte de la mujer. No hay más remedio.

Es precisamente esta actitud de acepción, de conmiseración, de ira, de indignación y de resignación la que preside la obra de doña María de Zayas y esto constituye un mensaje, pero no un mensaje moral, que puede resumirse en una cita de Cervantes (*Entremeses: El rufián viudo*, CC vol. 125, págs. 40-41) que también rezuma tal actitud de rendición incondicional a la vida en boca de una buscona: «Nacidas somos».

TINE BARRASS

Cambridge